



Pérez Escobar, un "apertura" dentro del franquismo.



Arias Navarro, un mito incinerado.

fondo fascizante que entronca con etapas ya superadas teóricamente. El descubrimiento de una raigambre fascista en la terminología política de Adolfo Suárez no es, por otra parte, tan sorprendente.

La permanencia en el poder se justifica generalmente con el piadoso concepto fascista del "servicio". En repetidas ocasiones Franco había hecho declaraciones de que "no podía abandonar mi Capitanía porque sé bien que me necesitáis". Tampoco el dictador español estaba esgrimiendo un argumento original. En 1933, Benito Mussolini —El Duce— se dirigía al Gran Consejo Fascista aclarando la ineludible necesidad de su permanencia en el poder:

"... me ha convencido de que, no obstante existir una clase dirigente en formación, a pesar de haber una disciplina en el pueblo, cada vez más consciente, debo echar sobre mí la carga de gobernar a la nación italiana diez o quince años más todavía. Es necesario. ¿Por qué? ¿Es una apetencia de poder lo que me retiene? No. Creo que ningún italiano, ni siquiera mi peor enemigo, pensará esto. Es un deber estricto de servicio, frente a la revolución fascista y frente a Italia..."

La fórmula es antigua y casi siempre infalible. El papel de moderador oculta cierta forma de continuismo. Una palabra repetida llega a crear una "verdad". El ministro de la dictadura Fraga asaltó la intimidad de los españoles con la "paz". Una "paz" que significaba la desaparición de toda crítica y que, en definitiva, para obtener esa "paz" había habido previamente que provocar una guerra por parte del "pacificador". En el posfranquismo —que algunos, como José María de Arellano, desde *El País*, denominan caetanista— el eje terminológico de la promoción en la continuidad es la moderación, aunque para ello haya que crear una violencia que justifique esa "moderación".

Los trasvases franquistas

Alianza Popular se funde en sus márgenes más "aperturistas" con la Unión de Centro Democrático. Pérez Escobar —el ejemplo casi único, se cita de "apertura" dentro del franquismo— es prácticamente una aproximación a la nueva imagen del centro. El fascismo residual del franquismo —Fuerza Nueva, PAN, Alianza Nacional 18 de Julio, etcétera— deriva hacia Alianza Popular. El notable refuerzo en los servicios de seguridad de Alianza Popular es debido en gran parte a los jóvenes fascistas procedentes de Fuerza Joven —instruidos por Francisco Girón o Sandoval— y "cedidos" a los franquistas.

Manuel Fraga, por su parte, no hace ascos a la incorporación de fascistas a su agrupación. Sabe que, como en la Alemania Federal, en el futuro serán asimilados por los partidos conservadores, en donde llegarán a ser figuras imprescindibles. Sin embargo, el provenir de Alianza Popular comienza a perfilarse como una prolongación parlamentaria de Unión de Centro Democrático. Ambas formaciones tienden a confundirse, si es que realmente han estado alguna vez divididas. ■

Los
Contem
pora
neos

LOS HIJOS DE FRANCO

El personaje del día es el indeciso. "¿Qué votaré yo?", se pregunta a sí mismo. No se contesta nada. Apenas hay algo más que una resonancia de eco en su vacío interior. Las frases que lee, las pintadas, los cartelones, los mítines y los editoriales se desploman en su propio abismo. Si nos fiamos de los sondeos de opinión pública —y la verdad es que no tenemos ninguna razón para fiarnos—, la mayoría de los españoles están viviendo tiempos de perplejidad. No saben qué elegir, no saben cómo optar.

Son los hijos de Franco. Ni siquiera lo saben, y hasta es posible que se indignasen si se lo dijeran: no está en la moda, ni es conveniente, confesarse hijo —espiritual— de Franco. Antes de que el gallo Suárez hubiese cantado tres veces en la televisión, los sampedros franquistas habían negado ya a su señor.

Y la verdad es que estos hijos espirituales de Franco, los indecisos, los atónitos, los perplejos, no son tampoco franquistas. ¿Cómo iban a serlo, si no son nada? No son franquistas, pero son franquismo. "Robots" del franquismo, zombis del franquismo. Pertenecen al reino del vacío. La inmensa sala de su cerebro se ha amueblado someramente con un televisor y un cochecillo, con una esposa ambiciosa y descontenta sexual, un equipo de fútbol al que gritar y una esperanza en las quinielas: amar sin ganas en la cama conyugal y asistir sin ganas a la Misa dominical. Lo demás es silencio. Y miedo. Miedo a definirse, miedo a optar, miedo a su propia libertad. A no poder pagar las letras, a perder las horas extraordinarias. Miedo a tener miedo. Y miedo a tener miedo de tener miedo. No es ni siquiera la burguesía: es una especie de lumpen-burguesía, que vive en un limbo que no es casual, sino la obra lenta y cuidadosa de un régimen. De unos reflejos condicionados que comenzaron a trabajar en los paredones o las cunetas, en las grandes cárceles, y la censura de prensa, teatro, cine y libros, que ha continuado en la escuela, en la Universidad, y en los campos, fábricas y talleres.

"No están maduros para la democracia", decían los que habían hecho que no estuviesen maduros para la democracia, los que no querían que estuvieran maduros para la democracia. Ahí los tenemos: en los computadores de las empresas de sondeo y encuesta de opinión pública dan esta cifra desalentadora: son un 43 por 100.

No va a ser fácil levantar a estos catatónicos, a estos Lázarus sin milagro. No le es fácil a ningún partido, porque también los partidos —todos— están impregnados de franquismo, y sus programas son vacilantes, imprecisos, indecisos. Tratan de adaptarse al vacío nacional: tratan de conquistar el vacío no llenándolo, no fecundándolo, sino ofreciendo otro vacío lleno de frases paternalistas y retóricas. Rostros sonrientes de líderes sin carisma les quieren llamar desde los carteles electorales, o rostros ceñudos de los que quieren dar la otra figura del padre, que es lo que creen que necesita este país. Las elecciones se están convirtiendo en un concurso de padres.

Y los hijos de Franco, los hombres y mujeres que son franquismo, los contemplan con cara de perplejidad. "¿Qué podré votar yo?", se preguntan unos a otros. No son capaces de votarse a sí mismos, que es lo que es la democracia: votar por uno en la figura de otro. Pero les pasa algo terrible: no creen en sí mismos. Es lo que les han enseñado.

POZUELO